



Nómadas. Critical Journal of Social and
Juridical Sciences

ISSN: 1578-6730

nomads@emui.eu

Euro-Mediterranean University Institute
Italia

Méndez Gallo, Pablo
INSOSTENIBILIDAD DEMOCRÁTICA. DE LA SOCIEDAD DEL RIESGO A LA
SOCIEDAD DE LA TURBULENCIA
Nómadas. Critical Journal of Social and Juridical Sciences, vol. 27, núm. 3, julio-
diciembre, 2010
Euro-Mediterranean University Institute
Roma, Italia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=18113757016>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

INSOSTENIBILIDAD DEMOCRÁTICA. DE LA SOCIEDAD DEL RIESGO A LA SOCIEDAD DE LA TURBULENCIA

Pablo Méndez Gallo

Sociólogo, Doctor en Filosofía

Resumen.- El planeta no es infinito: de acuerdo al vigente modelo de riqueza puramente extractiva, los recursos se agotan y el propio planeta se agota. La sostenibilidad se presenta como un parche intermedio, para salvar el modelo económico (insostenible) y para salvar el planeta, al mismo tiempo –capitalismo verde–. Inútil, según todas las previsiones. Lo mismo ocurre en el terreno de la política: concebido el ciudadano como mero instrumento comercial, sometido a todo tipo de tropelías en beneficio de un sacrosanto modelo político-económico elevado al rango de dogma, la democracia no puede sino rendirse a los pies de los grandes flujos de poder que se establecen al margen de los gobiernos, del interés común. En este mismo sentido, la Democracia, como tal sistema de organización del bien común, deja de ser un refugio para convertirse en un desierto. La materialización del riesgo, esto es, la turbulencia, se convierte en el fenómeno atmosférico –climático y político– característico de las sociedades contemporáneas. La certidumbre ha muerto, y con ella, la vida en común y la democracia.

Palabras clave.- *Medio ambiente, política, democracia, sostenibilidad, sociedad del riesgo, sociedad de la turbulencia.*

Abstract.- The planet is not infinite: according to a purely extractive model for social progress and economic growth, resources are almost over and the planet itself is nearly exhausted. Sustainability is presented as an intermediate remedy, in order to sustain the (unsustainable) economic model and to save the planet, at the same time – green capitalism. Useless, according to most predictions. The same thing happens in a political terrain: transformed the citizen into a mere commercial instrument, subjected to all kind of (social) outrages, in the interest of a sacrosanct political and economical model raised to the category of dogma, Democracy can not but surrender to the flows of those powers established on the fringes of governments, of the common interest. In this sense, Democracy, as a system for the organisation of the public life (community), ceases to be a shelter in order to become a desert. Materialization of risk, that is an actual turbulence, becomes an atmospheric phenomenon – climatic and political– characteristic of contemporary societies. Certainty is dead, and with it, community and democracy.

Keywords.- *Environment, politics, democracy, sustainability, risk society, turbulence society.*

Las penas son de nosotros,
las vaquitas son ajenas.
(Atahualpa Yupanqui)

1. Introducción

Sabemos, por sentido común, pero también por los expertos de diferentes disciplinas, que, al ritmo que avanzamos, el equilibrio del planeta no se sostiene: el discurso del desarrollo sostenible no pasa de ser más que un discurso hueco, enunciado vacío de contenido en boca de los mantenedores de un sistema de producción (y reproducción) cada vez más voraz que, como en

el caso del mito de Saturno, acaba devorando a sus propias criaturas. Y no porque las capacidades no se den o las potencialidades no estén ahí, sino porque los intereses no caminan por esos derroteros. La FAO nos advierte de que, a día de hoy, y con el ritmo de producción alcanzado, estamos en disposición de alimentar a 12 mil millones de personas, lo que es lo mismo, el doble de la población del planeta. Sin embargo, la 'nueva' división del mundo, lejos de las ideologías (tal y como hasta ahora se venían entendiendo), se establece entre anoréxicos y bulímicos, entre sedientos e insaciables, entre un tercer mundo¹ que se muere de hambre (y sed) y un primer mundo que se mata de gordo.

Paradójicamente, cuanto más aumenta la capacidad productiva en el mundo —a la par que la seguridad de las cosechas transgénicas, los avances tecnológicos, la rapidez en los transportes y comunicaciones, así como los precios de todo ello—, en una relación inversamente proporcional se incrementa la pauperización de la población mundial. Empobrecimiento que ya no sólo afecta a los clásicos países del África subsahariana o América latina, sino que cada vez más acecha a las sociedades del opulento primer mundo que cabalga desbocado hacia la polarización social y las grandes bolsas de pobreza. A modo de discurso balsámico, y como queriendo disfrazar lo que se presenta como tendencia inapelable, se esboza la citada idea del desarrollo sostenible. Y más democracia(s). Esto es, la política estadounidense desarrollada por la Era Bush seguía la lógica de 'más democracias, más mercados, *ergo* más riqueza'. Pero, ¿para quién? O mejor, ¿para cuántos? ¿Hasta qué punto esta secuencia resulta verosímil?

Desde el punto de vista de la producción, hoy día se sigue operando en los mismos términos de extractividad que ya a principios de los años 1970 se empezaron a reconocer —desde un punto de vista técnico y científico (el Club de Roma, entre otros)— como insostenibles, que los recursos del planeta eran limitados: el petróleo, la pesca, la fertilidad del terreno, la frondosidad y reproducción de los bosques. Por primera vez empezamos a darnos cuenta de que la capacidad de regeneración de los recursos es inferior al de su explotación y, por tanto, se plantea la necesidad de buscar formas alternativas al crecimiento, tal y como lo veníamos concibiendo. Pero tres décadas más tarde, es como si todavía estuviéramos en fase de iniciar ese mismo debate, cuando los presagios han pasado a ser sucesos, hechos actuales, cadenas de acontecimientos que, una vez iniciados, no se pueden parar (tal vez transformar). Lo que inicialmente fue una propuesta de futuro —desarrollo sostenible—, hoy se presenta como un disfraz retórico para la articulación de programas políticos que nadie lee ni cree; uno de esos conceptos que, por políticamente correctos, se han convertido en inexcusables del discurso electoral, tal vez maquillado con una placa solar para la urbanización de lujo en un litoral agotado, que no se sostiene.

¹ Según el sociólogo Jean Ziegler (2005), el 80% de la población mundial vive en países considerados 'tercer mundo' y el 40% de la población mundial vive con menos de 2 dólares al día (PNUD 2005).

El discurso medioambiental ha sido usurpado por la clase política, e incluso empresarial, despojándolo del elemento científico y reivindicativo que tenía hasta hace poco tiempo, para convertirlo en pura dialéctica de partidos, al amparo de esos oscuros intereses que se conjugan en el terreno de la vida política, especialmente cuando van de la mano del Círculo Mercantil. El ejemplo más reciente lo tenemos en España con la Guerra del Agua —la futura madre de todas las guerras—, donde la divergencia de feudos electorales y empresariales se (nos) presenta disfrazada como una dialéctica entre posiciones divergentes para lo que sería la mejor gestión de un recurso escaso y en declive.

Precisamente esta ‘unión de hecho’ —más allá de consideraciones jurídicas— entre Estado y Mercado constituye el verdadero desafío del presente artículo. Especialmente para intentar mostrar las consecuencias que dicha relación implica para la vida en nuestras sociedades y cómo el sometimiento de éstas a los criterios mercantiles no está generando sino una ‘inflación’ democrática que, a corto plazo —si no ya mismo—, se mostrará como del todo insostenible. Es decir, la pregunta que subyace, y que se pretende responder, es hasta qué punto la democracia, tal y como la hemos entendido o se nos ha explicado, en su sentido ‘singular’², es capaz de sostener los embates de un sistema de producción y reproducción del capital que no encuentra límites legales, éticos o de cualquier otro tipo para la obtención y el incremento del beneficio, auténtico motor de una nueva humanidad que, sin embargo y como en épocas pasadas, nos vuelve a confiar la felicidad a una época por venir, en un Más Allá eterno que debería proporcionar la gloria de un mercado insaciable.

2. Más democracia o más democracias

Resulta obvio que en el mundo de la empresa, la producción masiva (oferta) de un producto dado permite el abaratamiento de sus costes y, en lógica consecuencia, también del precio con el que sale al mercado; siempre y cuando la demanda no supere a la oferta en cuestión. Al margen de los cuestionamientos o matizaciones que se pueden hacer a la realidad de este principio, o ley de la oferta / demanda, lo daremos por válido. Pero también resulta válido afirmar que, más veces que menos, dicho aumento de la producción y reducción de costes suele correr parejo con un descenso en la calidad del producto, por cuanto se introducen variables como la rapidez de producción y distribución, abaratamiento de los costes de los materiales, fácil sustitución del producto defectuoso, prácticas comerciales agresivas como el ‘dumping’ (tirar los precios para anular a la competencia) y otras prácticas menos lícitas como el relajo en la observancia de las normas de calidad, tanto de las relaciones laborales como del producto en cuestión. De alguna manera, y aunque esto no suponga una relación lógica ni inevitable *a priori*, lo cierto es que podemos afirmar que la masificación produce pérdida de calidad, de energía vital, por decirlo de manera metafórica y orteguiana. Y esto lo saben

² Véase para la concepción de la democracia, en sentido singular o plural, Sartori (2005). En este caso, nos referiremos a la democracia pura y simple, casi en sentido esencialista, de tradición liberal.

bien las elites de todos los tiempos, huyendo rápido de los gustos y prácticas masivas, populares diríamos.

Sin embargo, cuando esta lógica productivista y maximizadora se transporta al mundo de la política, de la gobernabilidad y de la organización del bien común de una sociedad considerada democrática, la situación se antoja complicada. Y es que, por una parte, tenemos la tendencia al citado relajo en la observancia de los criterios de calidad dentro de las sociedades democráticas, basadas en una paulatina desaparición del Estado de lo que constituye la vida pública, cada vez más ponderada por criterios mercantiles; y, por otro lado, nos encontramos con una política exterior estadounidense, que ha buscado en la última década la implantación, o tal vez imposición, de sistemas democráticos, especialmente en todos aquellos países que puedan generar ventaja desde el punto de vista de la apertura de mercados internacionales y el aprovechamiento de recursos naturales que los regímenes (dictatoriales) antes implantados ya no posibilitaban. Desde este punto de vista, la premisa de partida en lo que representa la tendencia actual es que, por un lado, no se abunda en la idea cualitativa —política— de ‘más democracia’³, sino en la idea cuantitativa —mercantil— de ‘más democracias’.

«La democracia ha dejado de ser una conquista difícil de alcanzar», nos dice Vicente Verdú en *El estilo del mundo* (2003: 91). Premisa que nos da idea, precisamente, de la citada ley de la oferta-demanda en el ámbito de las ideas políticas. Ya no se requiere esfuerzo, algo que ha devenido obsceno en el mundo del capitalismo: todo el mundo es igual en todo, en cualquier circunstancia, produciendo una falsa idea de igualdad, pues ésta se realiza a la baja. Es decir, puesto que todo tiene que ser igualado, resulta más fácil hacer que lo de arriba baje y no lo opuesto, esto es, que lo de abajo suba: «*Lo mismo un burro que un gran profesor*», cantaba Santos Discépolo, hacia 1935, y no porque el burro sea ilustrado. Falacia basada en la distorsión del concepto de Igualdad —uno de los tres pilares de la trinidad democrática moderna—, derivada ahora hacia una doctrina del ‘igualacionismo’. Una trasgresión de la metáfora —Igualdad—, donde se toma a ésta de forma literal, sin dejar cabida para un más allá (*meta forein*) que aporta el pensamiento abstracto (Sartori 1998).

Obviamente, esta tendencia no es baladí: sólo las democracias se han vuelto espacio idóneos para la expansión de nuevos mercados y consumidores, así como para el proceso de ‘deslocalización’ de las grandes empresas que buscan países con costes de producción reducidos en la larga marcha hacia la maximización de los beneficios comerciales. Ya quedó atrás la necesidad de viejas dictaduras que garantizaran la posibilidad de desvalijar el país, extrayendo todas sus riquezas naturales, a cambio de casi nada que no fueran los propios beneficios del dictador y sus coristas. Además, a medio o largo plazo, los dictadores se han mostrado gentes de poca confianza para sus patrocinadores, pues acaban queriendo más y más... Ahora se trata de ‘fidelizar’ al cliente: son las nuevas tácticas del mercado. Si cuidas bien al cliente, te garantizas su continuidad como consumidor; y si fidelizado se

³ Aunque quizá el término ‘más’ no sea el idóneo para expresar una idea de cualidad, utilizo la expresión que se ha hecho políticamente habitual para referirse al sentido cualitativo que aquí se quiere aportar.

convierte en sinónimo de hipotecado, el vínculo será eterno. A fin de cuentas, lo que pretende el (nuevo) capitalismo es establecer vínculos, no importa la naturaleza de los mismos, siempre y cuando parezcan afectivos. Como dice el experto en *marketing*, Daryl Travis, «el objetivo de cualquier negocio es crear un consumidor y satisfacerle» (Cf. en Verdú 2003: 130).

De esta manera, el objetivo de las 'viejas democracias' será el de crear nuevas democracias fidelizadas desde su propia fundación.; los casos más recientes podrían ser los de Afganistán e Irak. ¿Qué mandarín no estaría agradecido con quien le ha proporcionado un mandarinato? El actual presidente del democrático Afganistán, Hamid Karzai, compañero de andanzas comerciales de George W. Bush, podría decir mucho al respecto⁴. Esa ha sido la política exterior de EEUU, especialmente después del 11-S: imponer la democracia en el mundo. Poco importa cuales sean los fundamentos democráticos del país en cuestión, siempre y cuando a los ciudadanos se les deje ser 'libres' una vez cada cuatro años. ¿Quién duda de la democracia nicaragüense una vez caído el sandinismo? ¿Qué decir de Haití? Pero tienen elecciones. Poco importa los mecanismos que hagan falta para llegar ahí: financiar la guerra civil, secuestrar al presidente electo, todo con tal de fidelizar 'jóvenes' democracias que ayuden a obtener nuevos réditos. La democracia ha dejado de ser un *ethos* para convertirse en *technos*, pura mecánica adaptada a la autoreproducción de un orden de cosas que, al ritmo que vamos, corre el riesgo de quedar reducido a puro régimen de libertades básicas.

Sin embargo, vemos cómo el aumento en el número de estas jóvenes democracias, lejos de contribuir a la democratización global, ayudan a reducir el nivel de vida y libertades exigibles a cualquier democracia hasta hace poco tiempo. Recientemente, cuando la policía londinense abatió a tiros a un súbdito brasileño, sospechoso de participar en los atentados de julio (7J 2005) en la capital británica, y reconocida la política de 'tirar a matar' (*Shoot to kill*) por parte de la policía metropolitana, se llegó a justificar sobre la base de que países como Sri Lanka también hacían uso de la misma. ¡Toda una eminencia de la democracia mundial, Sri Lanka, sirve como excusa para que unos policías descerrajen once tiros en la cabeza de Menezes y pase como si nada! Podríamos citar igualmente todas las libertades que se han restringido, especialmente en Estados Unidos —pero no sólo—, con la excusa del terrorismo de Al-Qaeda y el 11-S. Vivimos una época caracterizada por la reducción de costes, no sólo económicos, sino también políticos, éticos, culturales... Y en este sentido, el valor circulante debe depreciarse para continuar existiendo pues, de lo contrario, la manzana podrida acabaría con la apetitosa. Un principio que, en términos financieros y económicos, no es nuevo y se conoce como Ley de Gresham: «Principio según el cual, cuando una unidad monetaria depreciada está en circulación simultáneamente con otras monedas cuyo valor no se ha depreciado en relación con el de un metal precioso, las monedas no depreciadas tenderán a desaparecer» (Encarta

⁴ Hamid Karzai fue, durante años, asesor de la compañía petrolífera estadounidense Unocal. Fue, a su vez, el encargado de negociar con los talibanes el paso de un gaseoducto por territorio afgano; el resultado fue negativo para los intereses comerciales de los Estados Unidos. El resto... es historia.

2005): en definitiva, la moneda falsa que desplaza a la moneda buena. En términos mucho más cotidianos, es como el alumnado que debe adaptar su ritmo al de los más 'lentos', pues no sería correcto que hubiera diferentes 'calidades' en un mismo entorno académico.

En resumen: en este punto de la historia podemos decir que somos más, pero ¿podemos decir que somos mejores?

Frente a este aumento —cuantitativo— en el número de democracias a nivel global, podemos observar la citada pérdida de energía vital en las viejas democracias. Paulatinamente, lo social ha ido cediendo terreno ante la macroeconomía, esa especie de satélite panóptico⁵ que gira en torno a nosotros y que va sentando las bases de una convivencia utilitaria, mercantilista: el propio Bentham, precursor del panóptico, está considerado igualmente el creador de la doctrina del Utilitarismo⁶. La sociedad burguesa de clases medias tiende a una proletarización de cuello blanco, polaridad social basada en la insidiosa pérdida de poder adquisitivo general, junto a un sospechoso aumento en el número de millonarios.⁷ Ya no sólo las tradicionales clases bajas, asociadas con la descualificación profesional, lo siguen siendo, sino que el universitario y el técnico cualificado también caminan en la misma dirección: a estos denomino 'proletarios de cuello blanco'.

Esta des-socialización se hace notar, igual o fundamentalmente, en lo que siempre se ha considerado el núcleo de lo social: la familia y su proceso de pauperización, económico y moral. Si la familia moderna se ha caracterizado por la expulsión del padre del hogar, quedando reducido a mero sustentador económico, la familia actual ha expulsado a todos sus miembros, reduciendo el concepto de hogar a mero hábitat. Donde antes uno (cabeza de familia) se bastaba para mantener a varios miembros, ahora dos (nóminas) sobreviven en forma de Sociedad Limitada. En este sentido, las nuevas uniones —de hecho y derecho— son todas de conveniencia: sin un *partenaire* sentimental no hay salida o viabilidad económica. Y como tal Sociedad, un juzgado puede declarar la quiebra técnica de la pareja (Ley Concursal), como si de cualquier empresa lucrativa se tratara. Es decir, si bien lo social representó en la modernidad la indistinción entre público y privado (Arendt 1998), dando lugar a lo íntimo, la nueva familia se ha constituido en una nueva forma de relación mercantil: ¿bienes gananciales?, ¿separación de bienes?, ¿ventajas fiscales? La llamada 'prensa rosa' o 'prensa del corazón' es su mejor escaparate, donde el modelo

⁵ Sobre la idea de Jeremy Bentham, nadie puede ver al vigilante, pero él nos observa a todos. O con esa idea vive el interno, el vigilado, el observado.

⁶ En breve: lo que es útil es bueno; el valor ético de la conducta está determinado por el carácter práctico de sus resultados.

⁷ En el 2003, España se convirtió en el tercer país del mundo que registró un mayor aumento en el número de ricos y el primero en la Eurozona. Un 60% de asalariados, mientras tanto, escasamente eran mileuristas. Extraído de: http://www.urbanoticias.com/noticias/hemeroteca/1621_espana-tiene-24000-nuevos-millonarios.shtml

(para lo social) que vende implica la invasión de la vida pública por parte de asuntos privados (Sánchez Ferlosio 2003). La venta de la intimidad como estilo de vida, una máquina de hacer dinero. ¡Toda una trasgresión! Y sin pasar por Hacienda, que ya no somos todos.

3. Sociedad de la turbulencia

Decía el sociólogo norirlandés Bill Rolston que el conflicto de Irlanda del Norte es un problema de definiciones. Algo que puede parecer obvio pero que, mal que nos pese, va mucho más allá de la supuesta obviedad y complica (o simplifica, según) nuestro día a día. Por ejemplo, Giovanni Sartori le dedica a esta cuestión de las definiciones, en relación con la democracia, el primer capítulo de su libro *Qué es la democracia* (2003). Pero no se trata aquí tanto de cuestiones de modelo, desde el punto de vista de la politología, sin pretender reducir su trascendencia. Hablamos aquí de definición en tanto que capacidad para imponer —esto es, hacer valer uno su autoridad— lo que llamaremos una ‘verdad oficial’, como opuesta a una ‘verdad real’, no concebida de manera ontológica sino socialmente consensuada. Y la democracia (neoliberal) actual, estrechamente ligada o sometida a las grandes corporaciones económicas de corte transnacional, viene interviniendo, desde los aparatos gubernamentales⁸, en la creación de una brecha entre oficialidad y realidad, entre gobernantes y gobernados, entre política y sociedad, entre el deber ser y el ser —por decirlo en términos de Max Weber (1998)—. Una brecha que se basa en definiciones sobre lo que nuestra vida debe ser y sobre cómo la debemos entender, hasta el punto de trastocar las definiciones que han guiado nuestra comprensión del mundo democrático, al menos desde el siglo XVIII, en pos del beneficio de unos pocos, sin eliminar necesariamente los conceptos que estructuraban la democracia entendida como el mejor sistema (conocido) para garantizar el bien de muchos. En definitiva, que si bien los conceptos de libertad, igualdad y fraternidad siguen siendo enarbolados por cualquier político o partido que se precie —aunque cada vez se recurra a más giros expresivos para evitarlos—, nadie duda de que los mismos han perdido toda su vigencia en cuanto a praxis política.

Frente a la Libertad del aspirar (a lo mejor), la seguridad del conformarse (precariedad); frente a la universalidad de la Igualdad de derechos y la ecuanimidad, profundización en las arbitrariedades distributivas e iniquidades cuasi estamentales; frente a la Fraternidad y solidaridad del anhelo común, regreso al paternalismo despótico de una imperante elección basada en el clásico ‘lo tomas o lo dejas’, como si la opción fuera factible. En definitiva, el nuevo *ethos* nos devuelve a épocas pre-revolucionarias, para convertirnos en

⁸ Decir Estado sería mucho, pues Estado — como Hacienda— somos todos (sic) los que lo integramos y no sólo sus aparatos y/o aquellos que los dirigen. En este sentido, la responsabilidad de su dirección la pongo en los gobiernos, en línea con la tradición anglosajona.

sociedades y ciudadanos dependientes, adictos⁹ podríamos decir, donde nuestra libertad queda suspendida hasta el pago de una eterna deuda, en lo que denominaré como escatología mercantil: 'Mañana, cadáveres, gozareis', repetía siempre Jesús Ibáñez para referirse a ese futuro perfecto en el que nuestra felicidad se vería realizada en la gloria del consumo: ¿Cristianismo de mercado?

Parece evidente que la vida se entenderá en función del color del cristal con el que se mire, en función de las lentes que uno se ponga para analizar la realidad. No se podrá evitar la descalificación por derrotista, agorero, oscuro, o cualesquiera otros adjetivos que traten de evitar otra perspectiva que la del acomodado-feliz-de-su-posición. Para estos últimos, existen hoy sofisticados dispositivos estadísticos y financieros capaces de encubrir una situación que a nadie conviene mostrar. La economía, lejos de ser un medio para facilitar la realización de una vida virtuosa, de vidas buenas, en el sentido más clásico de la expresión, ha pasado a convertirse en una entelequia: no sólo por el sentido irónico que esta palabra adquiere en el uso cotidiano como 'cosa irreal', mera abstracción sin fundamento, sino en su sentido filosófico de acción con un fin propio y que tiende a la perfección del mismo. Así, la economía resulta, hoy en día, casi perfecta, ateniéndonos al fin propio de la misma: generar riqueza y ahorrar costes. Puesto que la economía se encuentra, en términos efectivos, en manos privadas, el beneficio será particular, con un beneficio público cada vez más residual; sólo el ahorro de costes tiene un alcance público. ¿Dónde queda entonces el elemento central de las democracias de mercado, esto es, la distribución de la riqueza nacional entre los nacionales?

Paulatina polarización social y decaimiento de las clases medias, con un progresivo aumento en el número de pobres y millonarios al mismo tiempo; creciente precariedad laboral auspiciada por el criterio de competitividad de las empresas como aval para su existencia; desaparición del sistema público basada en las políticas europeas de liberalización de la economía como supuesto garante de una mayor proyección económica; aumento de la concertación (público-privado) para "mejor racionalización" del gasto público a expensas del propio público y su servicio; institucionalización de la exclusión social como *topos* cada vez más concurrido: menores, inmigrantes, parados, mujeres, jóvenes, mayores de 45 años, pensionistas, ancianos; acelerado deterioro del medio ambiente —con sus consecuencias sociales, económicas y culturales—, en gran parte ligado a intereses particulares que todos tenemos que asumir como si fueran propios (claro que ahora la destrucción se realiza desde el modelo de la sostenibilidad del desarrollo). La lista resulta interminable, su alcance planetario y los ciclos cada vez más rápidos.¹⁰ ¿Podemos seguir hablando, entonces, de una *Sociedad del Riesgo*? (Beck 1998; Méndez 2002)

⁹ En el derecho romano, *addictus* era el ciudadano que, habiendo contraído una deuda, perdía la condición de hombre libre hasta haberla saldado.

¹⁰ Véase al respecto Ziegler (2005)

Creo que llegado el caso sería oportuno dar un paso más y hablar de la Sociedad de la Turbulencia: es decir, cuando la proximidad del daño se ha verificado o actualizado, cuando el peligro se materializa, entonces desaparece el riesgo y entramos en el ojo del huracán. El riesgo era la precariedad de los diques que protegían a Nueva Orleans, pero cuando Katrina los derribó a su antojo e inundó la ciudad, el riesgo desapareció para convertirse en cosa turbia, alborotada... la turbulencia. En este mismo sentido, la precariedad laboral no es un riesgo o una contingencia próxima a ocurrir, sino que está aquí, real y palpable. Como concreto es el cambio climático, la des-inversión en lo público, el aumento de la exclusión social (frente a la creciente exclusividad social de los más poderosos), la pérdida de valor de lo democrático en cuanto que sujeto a lo económico (la norma de la *oikos* –casa- frente a la ley de la *civitas*). En definitiva, lejos de su cometido distributivo, en sentido cualitativo, la democracia de mercado se dedica a la distribución en sentido cuantitativo, esto es, a fiscalizar en tanto que «criticar y traer a juicio las acciones u obras de otro» (DRAE), a la contabilidad, esto es, la «aptitud de las cosas para poder reducir las a cuenta o cálculo» (DRAE)¹¹. En eso nos hemos convertido en tanto que ciudadanos de sociedades turbulentas, pura cuenta y razón de los daños ocasionados por los derechos de los ciudadanos sobre las cuentas de las empresas. Por eso el Katrina, y cuantos fenómenos se le parezcan, será el nuevo símbolo de nuestra era turbulenta: turbia, confusa, alborotada, perturbada.

4. Las democracias de la ira

— *Pero, ¿hasta dónde llega? ¿A quién le podemos disparar? A este paso me muero antes de poder matar al que me está matando a mí de hambre.*

— *No sé. Quizá no hay nadie a quien disparar. A lo mejor no se trata en absoluto de hombres. Como usted ha dicho, puede que la propiedad tenga la culpa [...]*

— *Tengo que reflexionar —respondió el arrendatario—. Todos tenemos que reflexionar. Tiene que haber un modo de poner fin a esto. No es como una tormenta o un terremoto. Esto es algo malo hecho por los hombres y te juro que eso es algo que podemos cambiar.*

Este fragmento de *Las Uvas de la Ira*, de John Steinbeck (1939/1997), refleja a la perfección la desesperanza ante lo que Hannah Arendt (1998) denominó el 'gobierno de nadie', en alusión al moderno estilo de gobierno: todo es el 'aparato', el 'sistema', el 'estado', entes abstractos que nunca encuentran personificación alguna cuando de rendir cuentas se refiere. Nadie es responsable de nada, nadie es capaz de dar respuesta: te remiten a alguno de esos entes que justifican lo que sólo una persona o un grupo de personas ha creado, gestionado, propiciado o ejecutado. Como en la época del nazismo,

¹¹ Como ejemplo, el IPC o Índice de Precios al Consumo es la mejor arma para, mes a mes, distribuir la culpa entre los ciudadanos por la inflación nacional y el encarecimiento de los productos. Como si el comprador fuera culpable de la subida de tarifas. El 'pollo' con el que soñaba Carpana, que fue símbolo del desarrollismo español de los años 50 y 60, es ahora el símbolo de la culpabilidad del ciudadano, cuando del aumento de la inflación se refiere.

nadie es responsable de nada, porque en última instancia todos cumplen órdenes o se limitan a realizar su trabajo. Lejos de la naturalización de los procesos, como algunos pretenden, tendremos que aceptar que «*la globalización es una creación humana*» (Pierre Bourdieu, cf. en Verdú 2003: 26), y no un fenómeno atmosférico.

El 'gobierno de nadie' —sobre la base de esa entelequia que es la soberanía popular—, sirve como subterfugio en el que amparar la ausencia de un sujeto consecuente con la acción de gobierno; supone la disolución de la idea de responsabilidad, esto es, la capacidad o disposición por parte del representante (político) para dar una respuesta al representado. Lo cual se evidencia en la incomunicación patente entre gobernantes y gobernados, esa distancia abisal que ha colocado a la clase política en una especie de Olimpo desde el cual ejercer un control total, pero sin repercusión alguna sobre la acción propia. Ni tan siquiera los procesos electorales sirven de base para cambio sustantivo alguno: una vez transformada la libertad en seguridad, los electores se vuelven clientes cautivos que optan por la mejor manera de sobrellevar su condena. Quién me bajará los impuestos, las hipotecas, me subirá el sueldo, me dará más ayudas y devolverá más dinero en la declaración de la renta. El estado mercantil nos convierte a todos en propietarios, como si fuéramos accionistas de España S.A., con lo que se limita nuestra existencia comunitaria a la satisfacción del beneficio propio, particular, deshaciendo toda posibilidad de crear una verdadera *civitas*: «*Porque el ser propietario te deja congelado para siempre en el 'yo' y te separa para siempre del 'nosotros'*» (Steinbeck 1939/1997). Claro que los gobiernos siempre encuentran chivos expiatorios, o explicatorios, para hablar sobre la desmembración de la nación sin tener que referirse a su propia acción y las consecuencias que genera.

Sin embargo, una vez convertidos en propietarios o accionistas —con la parte alícuota de Estado en posesión—, el ciudadano se convierte en un igual de forma proporcional, en función de cuál sea su participación en la empresa nacional. Y, por tanto, sus derechos caminan en igual forma proporcional. Un ejemplo cotidiano claro es el de la vivienda, donde comprar desgrava y alquilar no. Pero a la hora de la verdad, el pequeño propietario, esto es, el ciudadano de a pie, no cumple los mismos requisitos para beneficiarse de los derechos como lo hace el gran propietario: como dijo un presidente norteamericano en la década de 1920, «*lo que está bien para la General Motors, está bien para los Estados Unidos*». Poco después llegó el *crack*. ¿Y quién se ocupó de los estadounidenses? Seguro que no fue la GM (como no lo ha sido en la actual crisis). Y es que, cuando llegan los problemas, emerge la auténtica esencia de las democracias modernas: el ninguneo.¹²

Cada vez es más común la queja de soledad cuando un ciudadano se enfrenta a un problema que incumbe a la administración. El verano de 2005, con el grave incendio de Guadalajara que costó la vida a 11 operarios

¹² Trasládese esto a los acontecimientos ocurridos en la crisis iniciada en 2007 y los consiguientes abusos por parte de las grandes corporaciones para sanear sus cuentas gracias a las arcas públicas: rescates bancarios, pandemias gripales, procedimientos concursales, retraimiento estatal, etc.

contra incendios, los vecinos se quejaban de que, durante las primeras 24 horas, habían estado solos, desatendidos, hasta que la noticia adquirió ciertas proporciones que afectaban a la credibilidad de los administradores públicos. Igual pasó en Nueva Orleans con el Huracán Katrina: efecto demoledor del fenómeno atmosférico, para la población y para una administración negligente y despótica que no vio el posible alcance de su despropósito. O en Alemania, con la crisis que les aqueja, con el paro y las pérdidas de derechos sociales. Como en Francia y Holanda ante las respectivas negativas al Tratado de Constitución europea: los políticos por un lado, la ciudadanía por otro.

En todo esto, el ciudadano se siente solo, desamparado, discriminado, airado. Los sociólogos y analistas políticos tienen que recurrir a explicaciones cada vez más inverosímiles sobre los resultados electorales o la participación política de los ciudadanos. Los políticos tienen que hacer mayores esfuerzos demagógicos y propagandísticos para restañar su pérdida de popularidad y credibilidad. Los partidos políticos requieren de mayores partidas presupuestarias para convencer a votantes cada vez más apáticos, descreídos. Emerge la turbulencia social, la crispación política, los dirigentes dejan de ser personas de crédito —piedra angular del humanismo que marca la modernidad (Marín 1997) —. Y en eso se equivocaba Steinbeck (véase la cita inicial): esto sí es como una tormenta o un terremoto. Porque la catástrofe se ha convertido en el mascarón de proa de nuestras sociedades: el 11-S tal vez fue el comienzo y, a partir de ahí, todo es a lo grande. Las grandes miserias y las grandes fortunas¹³, las grandes hambrunas y las grandes obesidades, las grandes sequías y las grandes riadas, los grandes atentados y los grandes fenómenos atmosféricos (tsunamis, huracanes, terremotos, etc.). El riesgo nos queda atrás, representó el final del siglo pasado, del milenio. Pero el cambio de milenio, efectivo en septiembre de 2001, está marcado por la materialización o actualización del peligro estimado.

¿Y cuál ha sido la respuesta de Occidente? El suicidio democrático, la aniquilación de nuestras sociedades tal y como las habíamos concebido y conocido. Podremos hablar barbaridades sobre civilizaciones enemigas, sobre el terrorismo internacional, sobre el 'Otro' como peligro. Pero las decisiones importantes se toman aquí dentro, en nuestros países democráticos, en nuestra superior civilización, en nuestro Occidente liberal. Aquí se limitan los derechos civiles, se tira a matar, se detiene en Guantánamo y se negocia la reconstrucción de los países previamente asolados por guerras más que sospechosas; se costea con dinero público los negocios privados (de reconstrucción, de rescate financiero), al abrigo de ejércitos nacionales, reclutados en zonas deprimidas porque las empresas se han deslocalizado para ser más eficaces. Y, como en tiempos pre-revolucionarios, un ejército de pobres defiende los intereses de una casta de intocables.

Y entonces volvemos a la cita anterior de John Steinbeck: todos tenemos que reflexionar... Sí, pero ¿hay un modo de poner fin a esto? ¿podemos cambiarlo? Desde cierta perspectiva, los conflictos no tienen solución (Méndez 2004). En

¹³ Véase el auge en el mercado y consumo del lujo (Lipovetsky 2004; Verdú 2003)

todo caso, tendremos que recurrir a la teoría física del cambio, donde el 2º principio de la termodinámica nos dice que la energía ni se crea ni se destruye, se transforma; todo objeto y todo sujeto, por tanto, están vinculados a la lógica de la entropía, la pérdida de energía, el caos: la ira de los dioses y la de los ciudadanos. Esto mismo se atisba en nuestras sociedades turbulentas, lo que nos lleva a pensar —aún a riesgo de parecer catastrofista— que, por esta senda, «*vamos camino de nada*» (por utilizar expresión de J.A. Labordeta) y el futuro de la democracia se muestra insostenible.

5. Epílogo

Nos hacíamos una pregunta en la Introducción de este artículo, sobre la capacidad de la democracia para resistir los embates de un sistema de producción (capitalismo) ilimitado en su afán por el beneficio. Parece obvio, por lo esbozado a lo largo de este ensayo, que los indicios no apuntan hacia la consecución de algo bueno, virtuoso. Y podríamos decir que el motivo es tan sencillo como complejo: la desaparición de cualquier mecanismo efectivo de contrapoder que contrarreste la tendencia al abuso generada por cualquier concentración de poder. La democracia moderna, ilustrada, se basó en dicho principio: bien sea el modelo británico, que para contrarrestar el poder de los opulentos, representado en la Cámara de los Lores, constituyó una segunda cámara, la de los Comunes, que pudiera balancear el equilibrio social; o bien el modelo francés, que una vez guillotizada la monarquía, consideró que el Estado debía tener más de una cabeza, para evitar desmanes despóticos, y así concibió la división de poderes (ejecutivo, legislativo y judicial) para evitar las concentraciones de poder y sus consiguientes abusos.

Hoy día, desaparecida la responsabilidad del sujeto gobernante (“gobierno de nadie”), así como cualquier elemento de contrapoder efectivo en el contexto de grandes poderes supra-nacionales, la Democracia, entendida como el mejor (o menos malo) de los sistemas políticos para organizar una convivencia justa y solidaria entre ciudadanos de una comunidad determinada, parece abocada a ser incluida en la lista de especies en peligro de extinción.

Bibliografía

- ❖ Arendt, Hannah (1998) *La condición humana*. Barcelona: Paidós.
- ❖ Beck, Ulrich (1998) *La sociedad del riesgo*. Barcelona: Paidós.
- ❖ Lipovetsky, Gilles & Roux, Elyette (2004) *El lujo eterno: de la era de lo sagrado al tiempo de las marcas*. Barcelona: Anagrama.
- ❖ Marín, Higinio (1997) *La invención de lo humano*.
- ❖ Méndez, Pablo (2004) *Irlanda del Norte. Historias de guerra y paz*. Buenos Aires: Libros en Red.
- ❖ — (2002) Sobre el concepto de riesgo. En *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, N° 5 (Enero-Junio).
<http://www.ucm.es/info/eurotheo/nomadas/5/pmendez.htm>

- ❖ Sánchez Ferlosio, Rafael (2003) *Non Olet*. Barcelona: Destino.
- ❖ Sartori, Giovanni (2003) *¿Qué es la democracia?* Madrid: Taurus.
- ❖ — (1998) *Homo Videns: la sociedad teledirigida*. Madrid: Taurus.
- ❖ Verdú, Vicente (2003) *El estilo del mundo: la vida en el capitalismo de ficción*. Barcelona: Anagrama.
- ❖ Weber, Max (1998) *El político y el científico*. Madrid: Alianza.
- ❖ Ziegler, Jean (2005) *L'empire de la honte*. Paris: Fayard.

